

Madrid, 12 de diciembre de 1931.

Precio: 15 céntimos.

Cuarta época.—Núm. 30.
Administración y Redacción:
CARRANZA, 20.—Madrid.



RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE
JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

VI ANIVERSARIO

El símbolo de la burguesía

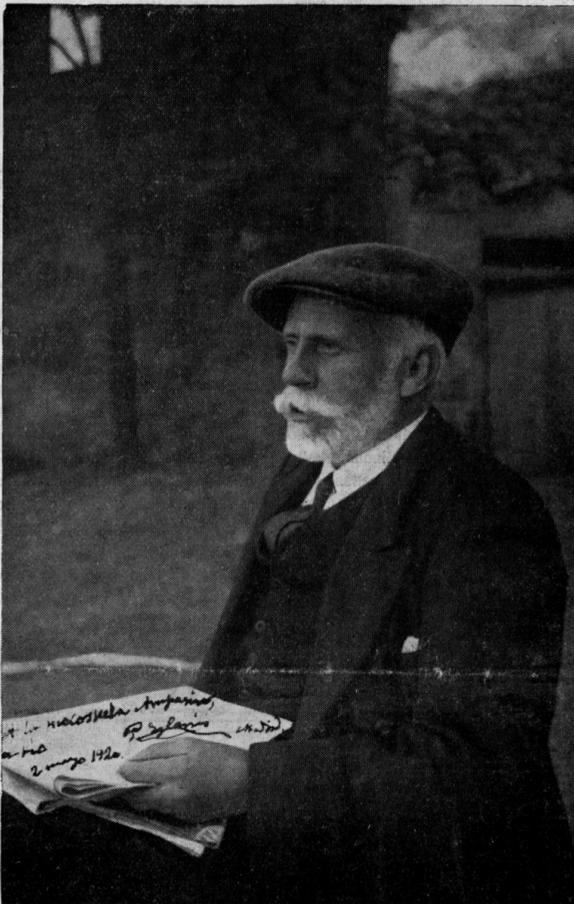
Nunca mejor que ahora debe servir a las Juventudes Socialistas la ejemplar vida de Pablo Iglesias. No para exhumar su obra, ni para cantar alabanzas burguesas, ni para honrar su memoria a la tradicional manera de una civilización reaccionaria. La vida heroica de nuestro Maestro fué heroica por algo. Lo fué por destacar su recia personalidad entre los derrotistas del Partido, por sus acusaciones inexpugnables contra los sicarios de la burguesía, por sus ataques constantes a todo el sistema oligárquico, asentado sobre los privilegios de clase del capitalismo internacional.

Y durante esta lucha de tenacidad y esfuerzo sobrehumano, la prensa burguesa, con todos sus agentes, señalaba a nuestro Partido como una rama socialista africana en comparación «con las buenas formas del Socialismo europeo». A Iglesias se le calumnió, se trató de comprarle, insinuándole cargos apetitosos para otro que no fuera él, y cuando su inquebrantable integridad mostró su dureza invulnerable, se le acorraló persiguiéndole con campañas canallas, creándose prensa dedicada exclusivamente a su difamación...

Hoy falta Iglesias, y la misma burguesía encanallada que contribuyó a su muerte prematura se ensaña con los hombres de nuestro Partido, tomando como símbolo a él, que si viviera les atacaría con la misma dureza que lo hizo durante su vida. Es tan repulsiva la comparación de nuestros enemigos de clase como la de los militantes que antes de decidirse consultan lo que haría Iglesias. Se olvidan, sin duda, de que nuestro Partido es una organización de masas donde la contribución de un militante es de transición y de oportunidad, donde la mayoría salta por encima del criterio personal, arrollándolo si es preciso para la consecución del fin colectivo.

¿Qué nos importan a nosotros, pues, las exhumaciones burguesas de la personalidad de Iglesias? Nos interesan por la experiencia deducida, nos interesan porque siempre han seguido la misma táctica en todas las ocasiones, en todas las épocas y en todos los países. Nuestro Partido encarna un ideal político y económico de las clases proletarias. Las vidas de sus maestros suman al movimiento revolucionario la experiencia y la acción más favorables para las conquistas del Estado capitalista, y desaparecen dejando una estela luminosa que sirve de vez en cuando para bucear en la lucha de clases. Iglesias representa el esfuerzo titánico de nuestros precursores por atraer al proletariado a la intervención política, apartándole del mesianismo burgués y del infantilismo anarquista. Sus continuadores, las nuevas generaciones socialistas, deben saber que una de las armas más agudas de la burguesía consiste en la persecución durante la vida y el entronizamiento después de la muerte. El embotamiento de esta táctica burguesa consiste también en acentuar la lucha cuanto más nos critican y ver en cada militante nuestro un verdadero revolucionario. A los falsos los inutilizaremos nosotros; pero, mientras tanto, el homenaje a Iglesias hay que rechazarlo de las clases reaccionarias para hacérselo nosotros exclusivamente, diciendo a las Juventudes: Fué la bandera roja de la primera generación socialista española, que cayó rota en vida como multitud de camaradas. Nuestra admiración es por la idea que sustentó, y que tan bien supo interpretar. Los homenajes de la burguesía son un sarcasmo que rechazamos.

Jóvenes socialistas, nuestro grito juvenil en el aniversario de la muerte del Maestro ha de ser éste:
¡Viva el Partido Socialista! ¡Vivan las Juventudes Socialistas!



En el año 1899 ocurrió algo trascendental para el mundo socialista, y fué que con el bloque gubernamental formado en Francia para salvar la República, bloque presidido por un demócrata leal, Waldeck-Rousseau, entró un socialista, Millerand, y que algunos diputados socialistas, con Jaurès a la cabeza, resolvieron apoyar a aquel Gobierno.

La conducta de Millerand, y también la de Jaurès y los que como él opinaban, suscitó muy vivos comentarios y hasta ásperas censuras.

Jaurès y otro miembro del grupo parlamentario socialista que apoyaba al Gobierno pidieron opinión a los hombres más importantes del Socialismo internacional. He aquí la respuesta de Iglesias:

«Mi parecer es que ni los socialistas pueden aceptar bajo su responsabilidad cargo alguno de ningún Gobierno burgués, ni el Partido Socialista autorizar la presencia de uno o varios de sus miembros en Gobiernos que tienen por misión defender el régimen del salario.

Los socialistas no deben ir al Poder a hacer cumplir las leyes hechas por la clase explotadora para mantener en la esclavitud, en la miseria y en la ignorancia a los productores; deben ir tan sólo a anular todos, absolutamente todos los privilegios capitalistas.

Pablo Iglesias

(Del libro «Pablo Iglesias, educador de muchedumbres», de Juan José Morato.)

Pablo Iglesias y los jóvenes

No es lisonja en un afiliado veterano la afirmación de que entre los núcleos constitutivos de la gran falange proletaria organizada figuran los jóvenes socialistas en primer plano en cuanto se refiere a mantener constantemente encendido el fuego de la admiración a Pablo Iglesias.

Mientras vivió el «abuelo» los jóvenes afiliados lo consideraron siempre como un mentor desinteresado, dispuesto a toda hora a prodigar sus consejos encaminados a hacer más fructífera la labor de los muchachos que acudían a las Juventudes Socialistas.

Iglesias hablaba con elogio de la actuación de los jóvenes correligionarios, que no limitaban su papel al secundario, aunque utilísimo, de ayudar a la propaganda en épocas de elecciones repartiendo manifiestos y candidaturas y cuidando del orden en mítines y manifestaciones, sino que intervenían por su cuenta en el movimiento político, organizando intensas campañas como aquella contra la guerra de Marruecos en 1909, que tanta resonancia alcanzó y que tantas persecuciones y encarcelamientos costó a algunos de los que en los actos celebrados por entonces hablaron en los mítines contra la guerra, en los cuales se abogaba por la abolición de la rendición a metálico y el establecimiento del servicio militar obligatorio.

La acción de las Juventudes Socialistas ha marchado siempre paralelamente a la del Partido, y, como éste, cuentan en su haber víctimas de su amor a las ideas. No hay para qué recordar hechos luctuosos...

La penetración espiritual de los jóvenes socialistas con Iglesias se manifestó efusivamente al caer la muerte del Maestro. Ellos fueron quienes organizaron y mantuvieron con preferencia el turno de guardia junto a sus restos en la Casa del Pueblo durante los días que allí estuvo expuesto; ellos quienes sacaron el féretro en hombros para colocarlo en la carroza mortuoria; ellos quienes lo dejaron en la sepultura provisional.

Después de la muerte fueron los jóvenes socialistas quienes editaron un álbum con fotografías del entierro y del Maestro en sus últimos tiempos, y quienes organizaron, igual que el Partido, sesiones necrológicas dedicadas a Iglesias. Y ellos, por último, los que en este batallador órgano de las Juventudes Socialistas mantienen el espíritu que Iglesias inculcaba a cuantos seguían sus inspiraciones.

Toda esta actuación de las Juventudes Socialistas no se desarrolla al margen del Partido. Los jóvenes socialistas tienen la discreción de encauzar el movimiento de sus organizaciones de tal forma, que siendo autónomas conservan su propia personalidad y no rozan en lo más mínimo la táctica del Partido; antes al contrario, la secundan y defienden con toda lealtad.

Desde luego eso no impide que entre los jóvenes socialistas — y como jóvenes, impetuosos y exuberantes — se susciten discusiones ante la realidad política de los presentes momentos. Lo mismo entre ellos que entre los afiliados al Partido hay diversos modos de opinar acerca de la marcha que deban seguir las fuerzas socialistas dentro de la República. Pero no son discrepancias que afecten a las ideas básicas que defendemos, sino puntos de vista circunstanciales, muy lógicos en una organización como la nuestra de tipo esencialmente democrático.

¿Cuántas veces se preguntan ahora los jóvenes — y también los que ya no lo son —: «¿Qué pensaría Iglesias de la situación actual si viviera? ¿Aceptaría sin reparos la posición a que las circunstancias han llevado al Partido?»

Preguntas son éstas que naturalmente tienen que quedar sin respuesta. Lo más que podríamos atrevernos a insinuar es que Iglesias, que a todo anteponía los intereses de la clase trabajadora, alentaría a ésta a defender la existencia de la República, por estimarlo un avance formidable en el camino de la emancipación del proletariado. En cuanto a lo que llamó un antiguo político «las impurezas de la realidad», seguramente las pondría a un lado.

A. ATIENZA

Partida de nacimiento de Pablo Iglesias

«DON MANUEL MONTES MENDEZ, cura párroco de San Julián de la ciudad de Ferrol, obispado de Mondoñedo y provincia de la Coruña.—CERTIFICO: que al folio doscientos quince, vuelto, del libro dieciséis de bautizados en esta parroquia, obra la partida que a la letra dice: Pablo h. de Pedro Iglesias y de Juana Posse.—En dieciocho de octubre de mil ochocientos cincuenta.—Yo Don Pedro Rodríguez Irigoyen, Pbro., Escusador del Dr. D. Mateo García, Cura párroco de San Julián de la R. Villa del Ferrol, Tente. Vicario Gral. Castrense, bauticé solemnemente un niño que nació ayer, a las once y media de la noche, hijo lexmo. de Pedro Iglesias, natural de Orense, y Juana Posse, natural de Santiago; púsele nombre Pablo; abuelos paternos se ignoran; maternos, Rosendo; la abuela también se ignora; fueron padrinos Pablo y María Torres, a quienes advertí lo necesario, y para que conste lo firmo. Pedro Rodríguez Irigoyen.—Rubricado.—Es copia fiel del original a que me refiero. Y para que conste lo sello y firmo en Ferrol, a diecinueve de Diciembre de 1925.—Manuel Montes.—Hay un sello en tinta violeta que dice: Parroquia de Sn. Julián—del Ferrol.»

Partida de defunción de Pablo Iglesias

«DON JUAN MONTES GOMEZ, Juez municipal y encargado del Registro civil del distrito de PALACIO, de Madrid.—CERTIFICO: Que al folio trescientos veintisiete del libro ciento cincuenta y cuatro de la Sección Tercera, de este Registro civil, consta el acta siguiente: REGISTRO CIVIL DE MADRID.—DISTRITO DE PALACIO.—En la villa de Madrid, a las catorce horas del día diez de Diciembre de mil novecientos veinticinco, ante Don José María Prieto Ureña, Juez municipal, y Don Angel Gorro Barber, secretario, se procede a inscribir la defunción de Don Pablo Iglesias Posse, de setenta y cinco años, natural de Ferrol, provincia de Coruña, hijo de Don Pedro y de Doña Juana, difuntos; domiciliado en la calle de Ferraz, número sesenta y ocho, piso principal, de profesión tipógrafo, y de estado casado con Doña Amparo Meliá Monroy, natural de Valencia, de sesenta y cinco años de edad, dedicada a sus labores, del domicilio citado, de cuyo matrimonio no quedan hijos; falleció en dicho domicilio el día nueve del actual, a las diez y ocho horas, a consecuencia de miocarditis crónica y enfisema pulmonar, según resulta de certificación facultativa presentada y reconocimiento practicado, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio Civil del Este.—Está sellada.—Corresponde con su original. Madrid, ocho de Diciembre de mil novecientos treinta y uno.—Hay un sello que dice: Juzgado Municipal del distrito de Palacio. Madrid.»

CONTRATOPICO

En todo aniversario de muerte, si se trata de un caudillo de ideas, hay mucho de coyuntura para rescatar la figura del hombre, hurtándola a la labor obstinada del tiempo — que sobre todo pone pátina — y arrancándola al olvido. Ya sé que para gentes de «elegancia» espiritual, ausentes, por fortuna, de nuestro campo, aniversario es sinónimo de tópicos. Algún día — valga el inciso — habrá que hacer la defensa del tópico.

Tópico, posiblemente, es la conmemoración de aniversarios. Pero no precisa ser psicólogo de multitudes, ni ahondar en el alma de los pueblos, ni conocer la idiosincrasia de las masas, para afirmar que gracias al tópico se salvaron muchos valores, legítimos, poderosos y en eterna plenitud, que sin el triunfo del tópico estarían ya, de profundamente olvidados, en el fondo de la tierra.

El aniversario, si no existiera, habría que inventarlo. Porque nos da una fecha que es como un asterisco que nos llama al cumplimiento de una obligación. El aniversario es siempre, en casos como éste, la propia voz del muerto, que habla todos los años precisamente el mismo día en que dejó de existir.

No es fácil, en un 9 de diciembre, olvidar a Iglesias. Ya lo sé; no es fácil olvidarlo nunca. Así hablarán los que vivieron con Iglesias y se miraron en sus ojos azules y contemplaron de cerca su figura gloriosa. Para éstos, naturalmente, Iglesias vive aún. Y algunos, como Matías Gómez, puede que le «sienta cerca» en ocasiones, al igual que si Iglesias estuviera todavía en este mundo real, en la vida física, con sus ademanes de gran señor de las ideas.

Algunos, sí. Para algunos cualquier día — un rasgo, el gesto, un recuerdo — constituye un aniversario. Y el recuerdo conmemoración. No en balde era Iglesias tal que para conmemorarlo y reverenciarle basta con acordarse de él. Por muchos esfuerzos que se hagan buscando un flanco vulnerable al reproche, no le brotan más que virtudes. Y su único defecto — la meticulosidad —, que a tantos irritaba, no viene a ser, a lo último, sino conjunción de todas sus bondades.

Para algunos — decía yo — huelga el aniversario. La antítesis, en verdad, de lo que sucede con los muertos sin perfiles genuinos, que sólo interesan, con mayor o menor vigor, a sus allegados. Pero Iglesias debe ser conocido, en sus rasgos más finos, por la gran masa que mañana carecerá de noticia directa y tendrá que buscar la santidad del tributo socialista en los libros. Mostrar las esencias del espíritu de Iglesias es enseñar Socialismo. Los hombres, al formar nuestro carácter, pretendemos, de modo instintivo, asimilarnos tipos paradigmáticos o ejemplos culminantes. Nadie quiere ser malo. Y se admira con fervor a los triunfantes que dejaron huella digna de recibir el beso de los que ya no pueden seguirles en el sendero material.

Hay que hacer, pues, el retrato moral de Iglesias. El aniversario es un punto de referencia. Aprovechémosle. Hoy todavía es pronto. Mañana, en otros aniversarios, se convocará a la masa con distinta emoción. Iglesias será ya el mito elaborado, más que por nada, por el tiempo. Y no se vea peligro alguno en ello. Nos hallamos ante una figura que nunca será el mito gélido al uso. El pueblo, con su adhesión, le dará calor.

Por lo demás, bien está la conmemoración del aniversario. La única objeción fuerte podría hacerla un loco, a quien se le ocurriera gritar: «¡Iglesias no ha muerto!»

Pero entonces habría que pensar que también los locos, ámbros de la extravagancia, ignoran el recurso de burlar el tópico.

Antonio RAMOS OLIVEIRA

El día de Pablo Iglesias

Se ha cumplido el sexto aniversario de la muerte de Pablo Iglesias, el educador de muchedumbres, como después de su muerte le llamaban incluso sus propios enemigos políticos.

Iglesias, como tantos otros hombres, era de los que realizan una obra que queda. Diganlo si no las enormes falanges obreras que militan en el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. Su labor fué constructiva al propio tiempo que demolidora. Junto a la crítica acerba de un régimen anárquico en la producción y de efectos para la Humanidad cuyos resultados todos podemos apreciar, lanzaba ideas de regeneración, y sobre todo sabía dar una estructura y un contenido ideológico a un conjunto de hombres, en el que cada cual aportaba su apetencia y su egoísmo personal. Domeñar las muchedumbres, hacer de una gran masa individualista un conjunto homogéneo no por la imposición, sino por el convencimiento. Esta es la gran obra de quien como Pablo Iglesias supo supeditar su bienestar individual al colectivo de los trabajadores. Y éstos no pueden olvidar, por mucho tiempo que pase, lo que aquel hombre, injuriado en vida y venerado en la posteridad, hizo por la regeneración moral y material de la masa obrera.

Su obra ha quedado. Pero ésta, como todas las obras basadas en el pensamiento, no son de una rigidez tal que las circunstancias de lugar y de tiempo aconsejan. Por ello, pues, no hemos de ser nosotros los que, para justificar una opinión personal, recurramos en modo alguno a textos de Iglesias ni de maestro alguno, olvidemos, sin duda, que por su gran inteligencia, si no nos hubieran faltado los hechos, no se hubieran producido como sin ellos han acontecido. De Iglesias, como de otros, mucho tenemos que aprender: la austeridad en la conducta, la fe en el ideal. Ideal que, por la interpretación sencilla que nos dió, pudimos llegar a comprender; pero ideal al fin que tiene que ser patrimonio de cada uno de nosotros. De ahí que nosotros, socialistas, la promesa que hacemos cada año, en el aniversario de la muerte del «abuelo», no es dedicarle sólo una piadosa plegaria, sino hacer un acto de afirmación plena de sentimiento y convencimiento socialistas, creyendo interpretar así el sentido de quien, como él, no vaciló en sacrificarlo todo en aras de la felicidad del proletariado.

Es el primer aniversario que celebramos después de ver implantada en España la República. Desaparecido, pues, el obstáculo previo que se oponía a la libre emisión de nuestro pensamiento, no creamos haber concluido nuestra labor. No nos dejemos embriagar por el triunfo pasajero, sino afirmemos nuestra mano sobre el timón de la nave proletaria para que no camine a la deriva y se vaya a estrellar contra el acantilado. Ahora

es cuando se precisan buenos timoneros y una marinería disciplinada. Que los cantos de sirena no nos engañen, y no nos dejemos conducir por un camino que precisamente por ser socialistas sabemos que no tiene salida. Cuando Iglesias vivía, para él, por la conquista del Socialismo. Cuando su consejo nos falta debemos suplirle con nuestra fe inquebrantable en el ideal socialista. Con fe, con entusiasmo y con austeridad, nuestro triunfo no está muy lejano.

Mariano ROJO

¿Tenemos derecho a opinar?

Como jóvenes socialistas creemos que sí; aunque nuestras opiniones sean a veces dolorosas, tenemos la obligación de confesar nuestros dolores y nuestras alegrías. Nuestra mayor satisfacción, como jóvenes socialistas, sería que aquel hombre extraordinario que se llamó Pablo Iglesias, del cual llevamos su fe revolucionaria, poseyera un magnífico monumento hasta en el pueblecito más pequeño de España, por la cual se sacrificó como ningún otro de esos hombres de la acera de enfrente que se tienen por caudillos proletarios.

Pablo Iglesias nunca fué caudillo del Partido Socialista; fué, sí, el primer socialista español, el primer obrero del Socialismo de España; el gran compositor de letras y de multitudes obreras que hoy seguimos su credo al pie de la letra, como él nos lo trazó; camino ejemplar que nos conduce hacia una vida nueva de paz y de armonía ciudadana.

A este viejo compañero, a este símbolo anciano que fué y sigue siendo el gran maestro de las Juventudes Socialistas, le debemos el respeto que hoy nos tienen quienes en vida y muerte difamaron a Iglesias, al que todo se lo merece para los fieles guardianes de sus ideas redentoras.

Si a este ejemplar ciudadano pudiéramos preguntarle los jóvenes socialistas si él sería gustoso de que en el Parque del Oeste se le levantase un monumento por valor de trescientas mil pesetas, nos diría que a él no le honramos con monumentos de esa índole, mientras en España se acuestan miles de niños sin comer, como a él le ocurrió cuando, en compañía de su querida madre, se trasladó desde El Ferrol a la capital de España. No honraremos la memoria, camaradas, de aquel hospicianito levantándole monumentos — por hoy —, sino empleando esa cantidad en mitigar el hambre que hoy se cebaba en las entrañas de nuestros conciudadanos por ese régimen injusto que tantos siglos venía padeciendo España, y por su derrocamiento Iglesias trabajó incansablemente hasta el fin de su vida ejemplar, que debe servir como un recuerdo inolvidable para todos nosotros.

Es cierto, sí, que en esa obra se colocarían buen número de obreros parados; pero no olvidemos que una parte, bastante crecida también, iría a parar a las cajas de los dueños de esos materiales que habían de invertirse en tan excelente obra.

Es doloroso que un hombre del valer de Iglesias no posea un monumento, con mayores motivos que otras figuras, que nada hicieron en su vida por el engrandecimiento de la patria; pero si el «abuelo» hoy no posee uno o varios monumentos en distintas plazas de España, lo posee en nuestro corazón juvenil, que es el sitio más grandioso donde podemos monumentar el proletariado al fundador del Socialismo español, al gran Pablo Iglesias, que fué nuestro mártir y nuestro precursor.

Francisco ARANA

Barruelo.

IMPORTANCIA DE UN CONGRESO

No tardando mucho tiempo, la Federación de Juventudes Socialistas de España va a celebrar su Congreso ordinario. El anterior, verificado va a hacer tres años, se debatió bajo un régimen dictatorial que esterilizaba el fruto de sus deliberaciones se pudiera obtener. Y, como sucede en todo organismo que tiene savia, cuando falta el medio de luchar contra el enemigo, todo se vuelve desasosiego interno, con las molestias consiguientes.

El Congreso que ahora va a celebrarse nace bajo otros auspicios. Conquistada la libertad de emisión del pensamiento, tenemos ancho campo donde luchar en buena lid contra nuestros enemigos. Por ello, se precisa más que nunca perfilar nuestra posición con señales indelebiles y afilar nuestra arma de combate, que no puede ser otra que la inteligencia.

¿Qué problemas han de abordarse en este comicio juvenil socialista? Hay uno fundamental. Es el que la evolución operada en los métodos de lucha del Socialismo plantea a un organismo como el nuestro, cuya misión principal es preparar ciudadanos para la implantación del régimen socialista.

¿Podemos aceptar que la realidad del momento se sobreponga a nuestro ideal, o, por el contrario, debemos mantenernos firmes contra viento y marea, a pesar de los cantos de sirena de la democracia política, que oculta bajo su regazo la opresión económica? El Congreso tiene que fijar una posición clara a este respecto. Y como llevado de la mano, se nos plantea otro problema de gran envergadura, cual es el de las relaciones de las Juventudes para con el Partido Socialista. ¿Se debe continuar, como hasta ahora, sin libertad de movimientos? ¿Se debe discrepar en lo que se considere discrepable? Las dos posiciones se apuntan en las propuestas remitidas por las Juventudes. Aun cuando en todas ellas — y hacemos la aclaración para satisfacción de los suspicaces — se manifiesta una firme voluntad de acatar las resoluciones del Congreso del Partido, reconocido como organismo soberano del movimiento socialista español.

La posición ante las crisis económicas, la reforma de la estructura federal, las milicias socialistas, la propaganda en el campo y en la Universidad, son, además, temas harto sugestivos para no despertar la atención, ya que no el interés, de propios y ajenos. Máxime si tenemos en cuenta que los efectivos de la Federación de Juventudes Socialistas se aproximan a los quince mil afiliados. Afiliados hechos ya a la lucha sindical y política de clase en nuestras filas, o que por su escasa edad no se hallan aún contaminados de los vicios de la vieja política. Cosa que no podemos decir del Partido, hacia el cual, y contra su propia voluntad, pueden converger muchos elementos que, por estar acostumbrados a dominar, consideran el socialista campo abonado para la continuación de sus operaciones. Pero adviertan que el Partido Socialista sabe reaccionar, y que para aplicarle inyecciones, si hiciera falta, se hallan las Juventudes. Y por si esto fuera preciso, vamos en el próximo Congreso a templar nuestro espíritu en el deseo más ferviente de luchar por el Socialismo.

Mensaje al «abuelo»

¡DUERME TRANQUILO!

Acaso no sepas, «abuelo» querido, como yo lo sé, qué, desde tu marcha, nos ha sucedido, y aquí a grandes rasgos te lo explicaré.

Viendo «nuestro» Alfonso de forma cabal que la dictadura era una «primada» y que su reinado no era nada «real», quitando una espada, nos trajo otra espada, que habíaba de «senda constitucional».

Después de esta espada llegó Maquiavelo a salvar al príncipe con una elección, y con ella el pueblo le dió para el pelo a «mosú Bourdon».

Aquel grande día

España a sí misma se hizo un desagravio, y, al romper su pacto con la monarquía, marchó el bisnieto de aquel grande sabio que inventó la Escuela de Tauromaquia.

Y ahí viene lo bueno: Los hombres que hicieron la revolución, entre ellos nosotros, con gesto sereno tomaron del pueblo la gobernación.

Y desde ese día, «abuelo» querido, tu «gabán de pieles» y tu «hipocresía»

fueron dos piropos casi nada crueles junto a los insultos que la actual jauría lanzó a nuestros hombres, sensatos y fieles.

No dudes, «abuelo»: somos como antes, como tú quisiste; por ser socialistas, ruines y logrerros nos llaman pedantes, nos llaman ladrones los contrabandistas.

Nuestro amigo Prieto escuchó el ladrillo de cierta «eminente personalidad» que, aunque equivalente a ti en apellido, es incompatible con la austeridad.

Y colaborando con el socio chuchó, mintiendo a sabiendas, inventando todo, hay periodicocho

que está demostrando que la tierra es lodo.

Sapos y reptiles hay por todos lados, que lanzan sus bañas al Partido Obrero para deshonrarle, y están angustiados y no saben cómo gritar: «¡Mi dinero!»

Duerme, pues, tranquilo, que son tan honrados y son tan austeros tus nietos amados, que equivocados gentes les hacen el bu, y el gran honor tienen de ser injuriados con iguales frases que lo fuiste tú.

Pedro PINTO POMEIDA

A los corresponsales de RENOVACION

Hace algunos días han sido depositadas en Correos las liquidaciones de todos los corresponsales de nuestro periódico, y suponemos que habrán llegado a poder de todos ellos.

Teniendo en cuenta que en breve hemos de celebrar el Congreso de la Federación de Juventudes, ante el cual ha de rendirse cuentas de RENOVACION, esperamos confiadamente en que antes del 20 del corriente mes nos serán liquidados todos los saldos.

Los giros deben dirigirse al administrador de RENOVACION, calle de Carranza, 20, Madrid.

Recuerdo del sentir amargo...

¡Pablo Iglesias! En un florecer de recuerdos, aquel entiero de la mañana invernal, que se llevaba todo lo nuestro en una caja sencilla, negra, cubierta de flores y ramos de crespón. Calle arriba, larga, larga y dolida como los dolidos corazones que contemplaban el paso de la caravana en un silencio hondo y húmedo de dolor y de lágrimas. Una caja sencilla, negra, larga, definitiva, que se iba, se iba... ¡Mañana fría, con frío de muerte, que marchaba, llenando como de cristales de escarcha, todo, así como un gigantesco ángel de alas negras de terciopelo! Y sobre la caja, flores, frutos, flores, corazones rojos ardidos en amor y manos callosas y manos de paloma; flores y crespones negros en el aire, como muertas mariposas, y llamas de cirio negro; pero sin cirio, sin velas, sin sacerdotisa y sin cruz. Entierro civil de todos los trabajadores, con sus almas enlutadas dentro de la caja del Padre Trabajador. Y calle arriba — circulación desaparecida, ruidos muertos —, en un florecer de recuerdos, el entiero invernal, que se llevaba todo en una caja sencilla, negra, cubierta de flores y ramos de crespón.

¡Pablo Iglesias! Y en lenta monotonía, que era un poema, una canción — poema sin música, canción sin cantar —, hombres en fila larga, lenta, lejana, interminable — hormigas de hormiguero humano —. Hombres. Trabajadores. Poema sin música, canción sin sonar, golpeada de yunques, de palustres, de azuelas, de martillos, de serruchos y campanas — campanitas de plata, tin-tan del acero en las fundiciones —. Cariciosa de sirenas en las brumas matinales, al llamar a los obreros — trabajo —. Y con ello, agua de acequias, estrellas de vientos fríos. Obreros. Obreros de campo, obreros de ciudad, obreros de minas. Toda la hoz, todo el color del trabajo, todo el poema del hacer, en largas filas, calladas, mudas, pendientes de la caja sencilla, negra, cubierta de flores y ramos de crespón, que en la mañana fría, blanca, de nata y escarcha, marchábase dolida, dejando, al pasar, vacío, vacío negro...

¡Pablo Iglesias! Y dejando abandonado todo — los cimientos del edificio aún, pero la arquitectura sin concluir, con las falanges obreras aprestadas a la marcha, pero sin ver el paso definitivo —, en la mañana fría, de tristeza llena, muerto. ¡El «abuelo», muerto! Muerte cansada, gastada, dormida de continuo y constante trabajar. Muerto. Nada del cuerpo, nada. Tan sólo el espíritu — impalpable pelusilla, alas de mariposa vestidas de luto —, el espíritu, por sus hijos, por sus herederos a recoger. Muerto. Y en la mañana fría, blanca, sin ver los ojos cansados el albeor rojo de las canciones obreras, de la inteligencia viva, despierta. El albeor rojo, rosa, rutilante. República socialista.

¡Pablo Iglesias! Abuelo de barba cana y bellida — barba en flor y corazón ahogado de bondades —. Ojos cariciosos, remansados de inteligencia. Amor. Sentir tranquilo, Abuelo de barba cana, como la flor de blanco lirio. Hoy — años pasados que van y nunca más vuelven — nuestro corazón en ofrenda de hoz para ti; consagración divina, ideal puro. Y una promesa de seguir tu ritmo, tu aurora, hasta la muerte, hasta la caja fina, fría, llena de flor y crespones negros. Con un llanto de tristezas y otro llanto de alegrías — poema del canto del dolor y del trabajo —. Una promesa de hacer como tú, «abuelo»; seguir por donde tú, amar lo que tú. Ansias de porvenir. Recogiendo y besando tu pan espiritual caído. Abuelo de barba cana y bellida, barba en flor... ¡Pablo Iglesias!...

S. SERRANO PONCELA

HACIA LA REALIDAD

La Federación de Juventudes Socialistas de España cumplirá un deber al publicar un número extraordinario de su órgano RENOVACION dedicado a la memoria y aniversario del maestro inolvidable Pablo Iglesias.

Y como deber a un socialista memorable, mi pensamiento me dicta el recuerdo de la semilla que sembró para que paulatinamente vayamos recogiendo su fruto. Y esto quiero recordar, con unas ligeras líneas engrandeciendo su valiosa obra.

Todos los que leemos conocemos la significación de sus rasgos empleados en tiempos de lucha.

Pablo Iglesias no desmayó un instante de propagar la unión del proletariado, porque consideraba que con la unión del proletariado sería fácil de conseguir su emancipación. El supo vencer a la masa, y lo consiguió con su esfuerzo y con la ayuda del algu-

nos camaradas como Morato, Mora y el viejo Matías Gómez Latorre. Pablo Iglesias fué insultado, encarcelado y perseguido por las autoridades. Pablo Iglesias fué calumniado y burlado por los capitalistas, y hasta por los mismos inocentes trabajadores.

Pero Pablo Iglesias no les hacía caso. Iglesias sabía perdonarlos, como Cristo perdonó a todos sus grandes enemigos. Así hizo partido. Paulatinamente iba haciendo comprender a las masas su error al estar desunidas.

Los trabajadores iban comprendiendo los consejos del Maestro cuando ya algunos veían conseguido el intento que el Maestro les aconsejaba de que unidos eran fáciles de alcanzar las mejoras para poder pasar una vida más decente en unión de sus familias; faltaba lo real, la política, con la que pudieran tener sus representantes en los Ayuntamientos y otros comicios, en donde serían defendidos los derechos que antes, con la unión de todos, consiguieron.

Esta ha sido la obra que Pablo Iglesias iba aconsejando al pueblo, y ésta la siguen los que hoy están al frente de los gloriosos organismos de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero Español.

Sabemos que tenemos muchos hermanos de trabajo que discrepan de nosotros, mejor dicho, del Socialismo; pero esto para nosotros nos deja sin sorpresa. Cuando Iglesias disfrutaba de su salud recordamos lo del gabán de pieles, o sea: por ser jóvenes, nos hemos enterado por «El Socialista» de la mencionada calumnia. Y después de desaparecer lo consideramos como un santo, atreviéndose a decir que si el Maestro se levantara quedaría disgustado de los que hoy dirigen nuestros organismos. Pues, a pesar de esto, a pesar de todas las infamias contra el Partido y la Unión General de Trabajadores y sus dirigentes, nos damos por satisfechos porque podemos dar lecciones a los calumniadores de sus desaciertos en cuantos movimientos de actos colectivos han presentado.

En cuanto a humanitarios, podemos los socialistas levantar el brazo y leer la estadística de hombres nuestros asesinados a traición. En este aspecto les podemos dar lecciones de amor al prójimo, mientras ellos nos pueden dar asesinatos.

Estos son los que se llaman verdaderos idealistas.

Y estos sindicalistas y comunistas matones que se dedican a la caza humana y hermana, por ser trabajadores todos, debían estar apartados de la sociedad.

Nosotros, jóvenes socialistas, continuemos la obra del maestro Iglesias; pero ojo avizor a que sea traicionada dicha obra.

Eladio ARTOMENDE

José MANGRIAN

Tolosa.

Vall de Uxó.

Hasta las notas musicales son tristes

Estudiamos torpemente la Naturaleza porque nuestra profesión de obreros campesinos nos inutiliza para hacerlo concienzudamente.

No obstante, creemos que nuestro origen, nuestro desprendimiento como seres vivientes, pertenece a un pasado de causas naturales, a las cuales nos debemos y de las que no podemos sustraernos, convirtiéndonos en seres más o menos civilizados según los casos de instrucción o educación.

Nuestras preguntas, hechas a los sabios de la ciencia, a los obreros de la inteligencia, estamos segurísimos de que los desconciertan, y son incontestables. Igual pasa con las que hacen los niños a sus papás, por la sencilla razón de que unas y otras llevan la sinceridad, la grandeza de espíritu, que existen en inteligencias vírgenes, que no son comprendidas por aquellos que, llamándose mayores de edad o gobernantes, quieren salir del paso con el reconocimiento de la inferioridad mental de niños y campesinos.

Repetimos que son impotentes para contestar aquellos seres llamados superiores, los demasiado listos en torneos oratorios o polemistas de salón, por miedo a faltar a la verdad o a hacer el ridículo.

Pero nosotros, con una lógica aplastante, capaz de asfixiar a los sabios, tenemos que repetir con insistencia las preguntas siguientes, que son la esencia del marxismo puro, y que sólo éste se acerca a contestar:

¿Por qué tanta miseria al lado de tanta abundancia?

¿Por qué el trabajador no encuentra donde trabajar, toda vez que existe tanta tierra inculca, tanto que hacer en materia de construcción, canalización de ríos, repoblación de montes y otros trabajos de suma utilidad?

A estas sencillas preguntas se nos contesta con que no hay dinero. ¡Qué sarcasmo! ¡Tan fácil como es hacer dinero en abundancia, hasta el extremo de no querer llevarlo nadie en el bolsillo!

Nosotros, a pesar de tener los sentidos embotados, creemos que es más difícil hacer un periódico que varios miles de billetes de Banco; fijándose nuestra atención en que una rotativa tira en un escaso tiempo millares de ejemplares de estos periódicos.

Creemos más difícil hacer una herramienta de trabajo bien pulimentada que varios miles de monedas de oro, plata o calderilla.

¿Que esto es un disparate de nuestra incultura? Sea. Más disparate es decir que no hay dinero cuando éste no es creado por la Naturaleza. Más disparate es decir que la falta de dinero obedece a haber pasado la frontera, arruinando nuestra Hacienda, cuando tan fácil es hacer un nuevo numerario o suprimirlo.

¿Se han llevado los portadores de dinero las tierras, casas, ríos, montes, ni nada de la riqueza nacional? No. Pues, entonces, con su pan se lo coman; es decir, que se coman el dinero. ¿Que esto trae trastornos internacionales, guerras civiles? No es cierto. ¿Qué más trastorno internacional que el que existe? ¿Qué más guerra civil que la que existe en el campo andaluz, donde un pequeño número de vagos no deja trabajar ni producir al campesino, que se muere de hambre?

Esta Andalucía, sabedlo bien, poetas, políticos, guerreros, intelectuales, todos los que habeis cantado sus grandezas, sus alegrías, pensad que hasta las notas musicales esparcidas como átomos sonoros por el espacio de este cielo azul y claro son tristes en aquellos pueblos en que se celebran fiestas para olvidar tanta miseria, que ha dejado de herencia un régimen de injusticias, y que la República tiene el deber ineludible de reparar en seguida, si no quiere que esto sea campo abonado y semillero de discordias entre gente que siempre ha tenido por norma el buen humor y la alegría.

La República, y el campesino andaluz tiene fe ciega en ella, ha prometido la reforma de la ley Agraria, y ello se prolonga demasiado, dando origen a que aumenten el hambre y la miseria; perdiendo el campesino la esperanza de ser redimido por los que así se lo prometieron y creándose un estado de incertidumbre peligroso para todos.

Aconsejamos a nuestros diputados y a todos los que quieran el bien de España que dejen ese empacho de legalismo que se refleja en las Cortes constituyentes y vayan directamente al grano, sin pensar en los intereses creados, toda vez que así lo exigen las circunstancias.

Cierto es que por nuestro compañero Largo Caballero se han dado decretos de mucha importancia, como es el de arriendos colectivos y laboreo de las tierras; pero no es menos cierto que a los campesinos nos reventan tanto artículos, propios para ser estudiados por curiales, y tantos trámites a seguir para alcanzar lo poco que los Tribunales de justicia dejan hacer, toda vez que la mayoría de estos Tribunales, en sus más altos grados, se creen vivir en el caído régimen, siendo su misión la defensa de los privilegios.

Si, por ejemplo, en el decreto sobre laboreo de las tierras hubiera un párrafo que dijera: «El que no labore la tierra a uso y costumbre de buen labrador deja de ser propietario y labrador», se hubieran evitado muchas

El VI aniversario de la muerte de Iglesias
Amparo Meliá, la compañera del "abuelo", nos habla de él emocionada



Cuando se lo llevaron en el año nueve...-El asesinato de Canalejas.-El dolor de la escisión comunista.-Yo también he sido siempre socialista

Para que nos hablara del «abuelo» hemos ido a visitar uno de estos días a Amparo Meliá. Esta viejecita de charla fluida, de sensibilidad tan agudizada, que muchas veces, al calor de una evocación del hombre que fué el amor de su vida, parece iluminada por una hiperestesia de cariño y de bondades, que tiene un eco lejano.

La viejecita amable, que habla maravillosamente bien, se asusta un poco ante la interviú; pero se sienta y nos ofrece una silla al lado de este balcón suyo, que da a la calle de Alvarez de Castro. La luz solar que se deshace en el cristal ilumina al grupo—Amparo, sus sobrinos, sus nietos, Castro y yo—, que parece una estampa gallosiana.

—De Pablo nada tengo que decir nuevo. ¡Lo he dicho tantas veces todo! Que era un hombre entero, enemigo de los convencionalismos, consagrada su vida a la idea. La mejor definición de Pablo es esta: Si todos se hubieran marchado del Partido Socialista y lo hubieran abandonado, Pablo hubiera seguido siendo socialista.

Cuando se lo llevaron en el año nueve.

—A mí — nos dice Amparo, que se desliza sin quererlo por los terrenos de la interviú — me ha parecido todo lo que le ocurría a Pablo muy natural. No me extrañaba nada cuando se lo llevaban a la cárcel. En la lucha contra la tiranía era lógico que cayera alguna vez enredado en las mallas de la justicia capitalista.

Recuerdo que en el año nueve se le llevaron una noche de casa, a las tres de la madrugada, y yo no hice más que preguntar al comisario que fué

confusiones y tapado muchas ratoneras. (Los campesinos llamamos ratoneras a algunas leyes porque tapan una salida a estos roedores y en seguida les abren varias en distintos sitios del terreno.)

El campesino, con su pensamiento rudo, claro y sencillo, resolvió su problema con gran facilidad en corto plazo, si no hubiese hombres tan listos para embrollar el problema de la tierra o reforma agraria, problema no andaluz, sino español, porque esta miseria de Andalucía repercute en toda España con más o menos gravedad.

Así que, a nuestro juicio, el deber de las Cortes constituyentes es dejar los torneos oratorios para mejor ocasión, procurando entrar en un período de franca acción, para que la República española sea fiel reflejo de las ideas de aquellos hombres que se sacrificaron por un régimen de justicia, de libertad y de fraternidad.

Si la República tiene miedo por resolver el problema de la tierra en sentido radical, debe declarar su impotencia, para que el campesino sepa a qué atenerse, y que no esté nadie esperanzado, toda vez que por sí puede, perdiendo las esperanzas, realizar tan humanitaria obra, no en su beneficio solamente, sino en el del pueblo español, porque haciendo esto está seguro de haber realizado la obra más grande entre gentes que sólo aspiran a trabajar para no morir de hambre.

por él que adónde le conducían. Me dijeron que volverían a comunicármelo. A la media hora, en efecto, vinieron y me dijeron que estaba en la cárcel, y yo me quedé tranquila porque sabía que estos tropezones eran obligados. Y no crea usted por esto que es que yo no haya sufrido. Al contrario, he sufrido mucho; pero ¡para que lo había de decir! Me callaba y sufría en silencio.

Los que no saben apreciar el sacrificio de los socialistas.

—Si Pablo viera este avance que hemos dado! Yo le doy mi palabra de que no lo esperaba. Aun a pesar de nuestra posición y de nuestro poder, sufrí pensando en la posibilidad de un retroceso. Como hemos ido tan de prisa... Me gustaba mucho antes ir a las Cortes. Pero ahora sufro cuando veo que algunos no saben apreciar el sacrificio de los socialistas y no comprenden las renunciaciones que nos cuesta el ir unidos con enemigos nuestros. Me duele como si me dieran un latigazo. Porque enemigos nuestros son los republicanos, y, sin embargo, las circunstancias nos han unido con ellos, y sufro pensando que quienes no saben apreciar esas circunstancias y ese sacrificio nos atacan. La única tarde que he ido a presenciar la labor de las Cortes constituyentes me he puesto enferma.

Nos habla Amparo con fina ironía de algún caso de la actualidad política, y critica sobre todo esa manía de la etiqueta en actos oficiales, que, según dice ella, no le va bien a una democracia como la española. Si Pablo viviera, añade, aunque hubiera tenido que ir a los actos más solemnes que imaginarse pueda uno, lo hubiera

hecho de americana, con la sencillez que le era habitual. Pablo no se hubiera vestido nunca con un frac.

Lo llevaba dentro...

Deriva la conversación por otros cauces, y Amparo nos habla del valor del «abuelo», del verdadero valor, que era su característica más preciada.

—El — nos dice — sentía cuanto hablaba. No le ocurría lo que a otros, que para pronunciar un discurso estudiaban muchos libros y se llenan la cabeza de literatura. El no tenía tiempo para gastarlo en eso. El valor de Pablo era precisamente que todo lo que hablaba lo producía su inteligencia; era propio de su inmensa vida anterior. En el Parlamento pronunció muchos discursos que tuvieron gran resonancia, y que la mayoría de las veces eran fruto de una improvisación. Hubo veces de estar hasta las cuatro de la madrugada despachando la correspondencia del Partido, de acostarse dos horas, chapuzarse un poco e ir al Congreso. Y era entonces cuando le salían los discursos mejor.

Me lo decían después de la sesión las camaradas que venían a felicitarme a mí por un éxito suyo, porque sabían que felicitarme a mí era lo mismo que felicitarle a él. Pablo podía lograr improvisando ese éxito, porque, como les he dicho, llevaba dentro todo lo que decía.

A este respecto, Amparo nos cuenta una anécdota:

—Una vez — dice —, creo que en la Asociación de la Prensa, pronunció él un discurso, y comentándolo Moya en «El Liberal» decía que cuántos de los hombres que desempeñaban una cátedra de política tenían un bagaje intelectual muy inferior al de Iglesias.

«Mi cabeza es como un desván.» Sobre el asesinato de Canalejas.

La compañera del «abuelo» hace una pausa en su conversación. Se fatiga de tanto hablar. Sin darle tiempo quizá a reponerse, nosotros la asediámos para que siga hablándonos de Iglesias. Haciendo un esfuerzo nos dice:

—Muchas veces cuando estoy enferma o estoy sola me acuerdo por un momento de detalles interesantes de mi vida con Pablo. Pero luego en seguida se me olvidan. Es que mi cabeza parece un desván, y cuando me esfuerzo por buscar en ella cosas no lo logro.

Castro se refiere al asesinato de Canalejas, diciendo que le causaría a Iglesias gran sensación, ya que había quien propalaba el rumor de que el «abuelo» era cómplice de él.

—No, pues no le causó tanta sensación — dice ella —. Pablo tenía la conciencia tranquila. Me acuerdo que por aquel entonces vino un amigo a decirme a mí que los estudiantes habían organizado una manifestación e iban dando muerte a Pablo. Añadía aquel amigo que habían estado en Palacio y que el rey les había disuadido de que vinieran a casa. Pero me avisaba por lo que pudiera ocurrir. Claro que no vinieron. A Pablo no le causaban tanto daño las calumnias de los enemigos como un desvío o un ataque de los camaradas.

La escisión comunista. — «Mi Socialismo era él, y él era el Socialismo de todos.»

—Entonces — preguntamos a Amparo —, ¿la escisión comunista le produciría mucho dolor?

—Sí; la escisión le hirió en lo hondo. Pero tuvo al mismo tiempo la satisfacción de quitar la careta de algunos que estaban encubiertos. Para él fué un desengaño y una alegría. En una ocasión se reunió en casa el Comité ejecutivo del Partido. No recuerdo quiénes asistieron a esa reunión. Me parece que, entre otros, estaban Quejido, Ovejero, Núñez de Arenas... Casi todos eran comunistas y estaban influenciados por Rusia. Uno de los reunidos presentó una proposición en la que decía que debía deshacerse el Partido y formar un organismo al estilo de los rusos. A Pablo aquello le sentó como un latigazo. «¿Qué has dicho?», le preguntó extrañado. Como si fuera una herejía, pronunció un ardiente discurso, en el que defendió por encima de todo la unidad y la vida del Partido. En aquella reunión todo quedó bien; pero después — era lógico — vino ya la escisión. Yo entonces sufrí mucho porque había llegado a querer a Quejido como si fuera un hermano. También sufrí una decepción grande con Anguiano. Pero esa decepción no la motivó la traición que hizo a Pablo, sino la traición que hizo a Besteiro en el Congreso de La Haya. Me pareció aquello algo propio de un hombre de condición moral muy baja.

—¿Iglesias a quién quería más de los que le rodeaban? — pregunto a Amparo.

—Les quería mucho a todos. Algunas veces, comentando este cariño suyo, yo exclamaba: ¡Claro; si los has parido a todos! El Partido era su cariño y el mío. También yo he sido siempre socialista, muy socialista. Mi Socialismo era él — termina Amparo emocionada —, y él era el Socialismo de todos.

—Les quería mucho a todos. Algunas veces, comentando este cariño suyo, yo exclamaba: ¡Claro; si los has parido a todos! El Partido era su cariño y el mío. También yo he sido siempre socialista, muy socialista. Mi Socialismo era él — termina Amparo emocionada —, y él era el Socialismo de todos.

NO ASUSTARSE

Esto hay que decirles a muchos que están terriblemente asustados con la obra de nuestra República. Y lo que les asusta, lo que más acrecienta su temor, es la separación de la Iglesia y el Estado y la prohibición de la enseñanza en las comunidades religiosas. No está España — dicen — para una República.

Y decimos nosotros: ¿Cuándo estará España para una República soportando su enseñanza en las cavernas? Nunca, nunca estará España para una República, y menos aún para el Socialismo, soportando esa enseñanza, cuyos únicos resultados son unos hombres embrutecidos y egoístas; embrutecidos porque sus espíritus están oscurecidos por los dogmas de esa enseñanza, y egoístas porque esa enseñanza los insensibiliza.

Para que España esté para una República, y más aún, para el Socialismo, es precisa una labor desde la conciencia del niño, para que éste, cuando sea hombre, sepa tener un alto concepto de lo que es libertad y de lo que es humanidad. ¿Y cómo realizar esa labor sin prohibir la enseñanza embrutecedora, insensibilizadora?

Los más atacados por esos asustados somos los socialistas. Nos atribuyen una Constitución a nuestro antojo, por ser la minoría socialista la más numerosa en el Parlamento. Y a eso hemos de decir los socialistas, los jóvenes, que esos asustados están completamente equivocados. Si la Constitución fuese a nuestro antojo, como ellos dicen, con arreglo a nuestro programa, como decimos nosotros, no se mostrarían optimistas todavía algunos cavernícolas.

Si nuestros viejos socialistas aprueban la separación de la Iglesia y el Estado en una República, aprobarían eso, la incautación de todas las iglesias y algo más en un Socialismo, porque los cavernícolas con la enseñanza embrutecen y conquistan la conciencia del niño, y con el confesionario arrancan el corazón de los hombres y falsean el carácter de las mujeres. Esta, la mujer, es la que más siente el efecto que causa el confesionario. Hasta tal punto consiguen penetrar en su conciencia, que, sistemáticamente, se separa del hombre. Por eso, y como consecuencia de ello, la mujer en España tiene un concepto ni aun mediocre de la vida social, y como consecuencia también de ello, hace de su derecho, del derecho que como ser natural le asiste, una virtud inviolable hasta después del matrimonio. Y tal es el concepto que la mujer tiene de ese derecho, que si alguna siente el deseo de usar de él va y lo confiesa, porque cree que con sólo eso ha pecado. Y entonces, ¡pobrecita!, al hacer su confesión, va rodando de consejo en consejo, de brazo en brazo; y aquel rosado capullo, plétórico de juventud y belleza, es más tarde una rosa marchita que ve cómo las hojas de su vida poco a poco van cayendo, y después de rodar por el ocaso termina su marcha en un hospital, donde ve perder su última hoja.

Los socialistas, y principalmente los jóvenes, tenemos la obligación de desmascarar, de poner a la vista de todos, los hechos que se llevan a efecto bajo la pantalla de la Iglesia. Que tengan en cuenta esos asustados creyentes que esos que se llaman ministros de Cristo y que hacen voto de castidad y pobreza viven en suntuosas moradas y aquél vivió en miserias zahurdas; que éstos llevan vestidos de seda, raso y otros costosos tejidos, y aquél no tuvo, a veces, ni unos harapos para cubrir su cuerpo; que aquél sintió sobre su frente el dolor de una corona de espinas, y éstos sienten sobre la suya la suave caricia de una mitra de terciopelo adornada con piedras preciosas; que aquél sintió sobre su rostro el sudor de la agonía, y éstos sienten sobre el suyo el «dolor del vértigo del placer»; que aquél subió la cuesta del Calvario expirante de dolor, y éstos la suben en coche, mientras dicen a las muchedumbres: «Subid con los pies descalzos...»

«Subid con los pies descalzos...»

N. GARCIA

Cartagena.

Ganar voluntades para la causa socialista, hacer del proletariado inconsciente un buen defensor de los intereses de su clase, sacar de la sima de la ignorancia a los trabajadores que se encuentran en ella, dar a los ilusos reflexión para que no marchen por extraviados caminos, es una labor tan positiva, tan grande y tan hermosa, que deben realizarla con verdadera complacencia todos los que militan en el campo socialista.

Campaña tal va contra toda tiranía, contra toda injusticia, contra toda esclavitud, contra toda corrupción, contra todo lo mezquino y ruin, y que tanto abunda en el régimen social presente. Con ella no sólo se preparan y capacitan las fuerzas que han de librar a los trabajadores de la explotación que hoy sufren, sino que se procura, mirando por el bien de todos, el pronto advenimiento de una sociedad en que nadie carezca de lo que le sea necesario para su sustento, su educación y el cultivo de su inteligencia. — PABLO IGLESIAS



EL COMPAÑERO *Pablo Iglesias*
 do 19 años de edad,
 natural del Peseval de oficio tipógrafo
 fue admitido en esta sección el día 12 de marzo
 de 1876
 Expedido en Asamblea general celebrada
 el 31 de Diciembre de 1877

El presidente de la sección, *José Ortiz de Zárate*
 El secretario, *J. Peranón Ochoa*
 El socio, *Pablo Iglesias*

Título de socio de la Asociación Internacional de los Trabajadores, expedido a Pablo Iglesias por la asamblea general celebrada en 1871.

Santiago CATENA
 Torres.

Santiago CARRILLO

Interpretaciones

El Partido ante el Poder

El camarada Salcedo se ha desorientado un poco al contestar a mi artículo anterior sobre la posición del Partido ante la toma del Poder.

Decía yo que «vamos a optar por uno de los dos términos catados por el Socialismo, seguido de un fracaso rotundo»; afirmando a continuación mi criterio de penetración, aun cuando no más sea abriendo reducidos. Está clara, por tanto, mi posición, favorable categóricamente, de continuar en el Poder...

Las objeciones opuestas por Ovidio Salcedo, si son las que todo el mundo está cansado de saber y son objeciones que se clavan en su propia dialéctica, porque tanto da afirmar «que el Socialismo que gobierna en régimen capitalista pierde su espíritu de clase», como que la «revolución socialista en un solo país tiene que dejar de ser socialista porque el resto de las naciones son capitalistas». Una cosa es nuestra experiencia a costa de los demás, y otra la experiencia de los demás a costa nuestra.

Repito el error socialista de los ingleses y de los italianos por cobardía, y excluyo el de los alemanes, porque en él tocan a partes iguales socialistas y comunistas. Las resoluciones de la III Internacional condenando el movimiento revolucionario, planteado prematuramente por el partido comunista alemán, son la mejor prueba de ello.

El pánico consiste en la duda, y la duda la expresa el camarada Salcedo, temiendo por la pureza doctrinal del Partido.

Y esta duda no debe tenerla ningún joven socialista en pleno período revolucionario. Es verdad que la desviación de nuestros principios puede causar el crecimiento de partidos menores; pero eso ha sucedido siempre, del mismo modo que de la contradicción de los partidos burgueses han nacido los partidos revolucionarios.

Ahora bien: lo que se debe plantear es si un partido político y revolucionario ha de aguardar a ese proceso empírico de desgaste burgués o ha de acelerar su descomposición. O se interviene o se abstiene. Y ¿por qué hemos de participar en los organismos secundarios del Estado y no en el que los origina?

Voy a reproducir aquí una parte del voto particular del camarada Besteiro cuando se discutió sobre la participación del Partido y la Unión en la Asamblea Consultiva de la dictadura; haciendo notar que tenía mis simpatías, como expresión socialista, y que yo rechazaba en aquel entonces por oportunismo:

«Porque una cosa es indudable: la adopción del criterio abstencionista no supone otra cosa, al menos por el momento, que la inacción y, en cierto modo, la indiferencia y la impotencia ante un problema vital para el país y vitalísimo para la clase obrera.

El caso se ha repetido con frecuencia en la historia de nuestro pueblo. La democracia, falta tal vez de preparación y de hábitos de civismo, se inhibe ante los problemas reales que la vida le plantea; los problemas, entonces, se resuelven, indefectiblemente, según las conveniencias y los deseos de los elementos reaccionarios. Al pueblo no le queda después más que la ilusoria satisfacción de haber conservado una especie de virginidad impoluta. Cuanto más absoluta es la inacción, menos riesgos hay, ciertamente, de contaminaciones; pero ¿vale la pena de conservar esa reputación y ese tesoro virginales a costa de una infecundidad más o menos resignada? Yo creo que no; lo mismo

EL REDENTOR DE UN PUEBLO

Va lentamente rumbo a la capital la caravana de arrieros; cánticos mozos son sus acompañantes, franca camaradería, bello optimismo; llevan en el vientre de los carros la mercancía que sirve de alcaoba en las negruras de la noche. La caravana nómada no va sola; comparten las fatigas de la jornada los restos de una familia que abandonó el lugar de residencia para buscar nuevos horizontes escrutadores del Destino, seres anónimos que quizá algún día en el escenario de la vida representen el papel asignado por una Humanidad caprichosa.

Van alegres los huéspedes de la caravana: una mujer que se siente madre al contemplar a sus tiernos retoños, que miran al caso pretendiendo leer en sus misterios el signo de la vida que comienza; dos niños que se incorporan al enorme cortejo de los parias van también a la ciudad; no llevan consigo más que la gran ilusión y una esperanza cifrada en un lejano pariente que servía a un señor de muchos blasones y de grandes influencias.

Consuélanse los caminantes de las largas etapas porque sienten la Naturaleza bravia y se sirven de ella a su antojo, asimilándose el aire que la ciudad les negara; hablan los niños a los habitantes de la misma: pájarillos que les saludan como nuevos compañeros, flores que les ofrecen su fragancia y que en las paradas toman a su antojo; vida sublime que se reflejará más tarde en el cerebro de uno de ellos, en los años mozos, y le llevará a hablar a las multitudes de amor a la Naturaleza, de igualdad, de libertad absoluta. Abandonaron las tierras de origen víctimas de la sociedad malvada. Comienzan temprano la lucha para tener tiempo de combatir al déspota culpable de su exodo, y aquel niño, que respondería al nombre de Pablo, va recordando los sufrimientos de sus primeros días, que, grabándose en su cerebro, más tarde obrarán como ariete formidable contra un mundo de falsedades y de hipocresías.

Llegada a la ciudad y nueva desilusión: ¡ha muerto el protector soñado! La señora Juana y sus hijos, Pablo y Manuel, empujados nuevamente al abismo de donde pugnaron por salir. Nadie les ayuda. La noble mujer piensa en salvar de las garras de la miseria a sus dos hijos, y sólo encuentra la ayuda del hombre de los blasones, que recomienda los niños a la caridad oficial, fría, desalmada, llena de formulismos, y así entra en la capital Pablo Iglesias, que en el viaje nómada creía haber encontrado la virtud y se encuentra prisionero del desamor de los guardianes, de la tiranía de una religión y de la disciplina cuartelaria de un edificio cuyos cimientos naturales deberían estar destruidos con la negación de todo formulismo.

Comienza a vivir la época de luchas dentro del conventual asilo de niños, y lo que en otros no trazaría huellas en el futuro, en Pablo Iglesias lo marca en el presente: el niño bueno y sumiso comienza a sentirse rebelde; ve llorar a su madre cuando el permiso de un superior le ordena ir a visitarla; las lágrimas de la que le dio el ser trazan hondos surcos en su cerebro niño; comienza a comparar las escaseces del hogar maternal con las abundancias de los próceres que les visitan. Su imaginación todo lo compara sin verlo; sólo el exterior de aquellos visitantes del Hospicio le enseña a dividir el mundo en castas diferentes, y aquel corazón noble siente el amor intenso hacia sus semejantes, ama la rebeldía, sugiendo la primera manifestación al escaparse del establecimiento el día que el déspota encargada de darle el permiso le niega ver a su madre.

Así nace en la lucha social el que fué redentor de un pueblo, el santo laico cuya vida fué un apostolado, muralla contra la que se estrellaron todas las calumnias, todas las infamias que la sociedad capitalista lanzara al verse combatida; voluntad de gigante que miró con compasión, tratando de redimirlos, a los que con su incultura servían la tiránica campaña contra el emprendida, y el paso del apóstol de las nuevas ideas por los campos y las ciudades dejó la huella que más tarde formara las enormes legiones de trabajadores que respondieron al grito de «Proletarios, uníos!», contra el poderío del adversario, salvando los escollos del camino.

Deseaba saber; su voluntad dijo: «Quiero», y el cerebro se asimiló todo lo que pretendía y lograba descifrar. De taller en taller, supo

de la explotación del hombre por el hombre, vió su hermano enfermo, las escaseces del hogar, la lucha sorda de la madre contra las crisis periódicas producidas por la falta de salario; escuchó la frase de ritual: «¡No hay trabajo!», y mirando compasivamente a sus hermanos de explotación, pensó en redimirlos de la triste condición de asalariados y de víctimas, hasta que, firme en sus convicciones, se puso en contacto con los hombres de la Internacional de Trabajadores, y del esfuerzo nació la Asociación del Arte de Imprimir, comienzo de la enorme fuerza trabajadora existente.

Pablo Iglesias fué un producto natural de una época de romanticismo; pero tuvo condiciones extraordinarias, de las que carecieron los grandes románticos del siglo XIX, sentido práctico de la realidad, y en vez de asimilarse un farrago informe de ideas para desplegarlas en actos de huera retórica, su romanticismo le llevó a colocarse al lado de los que sufrían, buscando remedios para terminar con la explotación del hombre por el hombre, eje de toda miseria humana. Por eso su vida no había de ser una etapa de triunfos floridos, sino una continuación de amarguras, de persecuciones, de desengaños, que las más de las veces le habían de proporcionar las mismas personas a quienes intentaba redimir.

Su sentido práctico le hace ver que existe en España una masa difusa que sigue la orientación de viejos partidos republicanos, cuyos directores son las más de las veces patronos que explotan, hombres que defienden la desigualdad humana. Entonces Iglesias habla a los trabajadores de un partido de clase, de un núcleo político organizado para actuar en la vida española frente de todos los partidos que defendían la existencia del régimen del salario, y es tal su firmeza ideológica, que contesta agratamente en ese sentido a una consulta de los socialistas franceses, cuando Millerand se presta a formar parte del Gobierno Waldeck-Rousseau, que se constituye para salvar la República, apoyado por Jaurès y otros diputados socialistas. Nació el Partido Socialista y comenzó la época gloriosa. Iglesias es el alma del periódico que con mil dificultades se funda. Acelera la marcha a través del tiempo el optimismo del gran organizador, que en los años difíciles de España contesta en ese sentido de fe en el porvenir a Joaquín Costa, invadido de negro pesimismo después de los desastres coloniales.

Fructificó la semilla que derramara por el país Pablo Iglesias, con su intransigencia a todo lo que fuera pactar con el enemigo treguas en la lucha. Imprimió el carácter de austeridad y rectitud a los que con él convivían en el trabajo, dando el ejemplo de cumplimiento del deber para que los demás no desertaran del mismo.

Así vivió el Partido Socialista frente a la calumnia del adversario; la razón serena y el juicio ecuaníme contra la incomprensión y el contagio de las ideas anárquicas entre los trabajadores, la dialéctica formidable del gran romántico y del enorme organizador. Después, una obra realizada, nuevos discípulos que la continuaron hasta que la noche eterna le arrancó del mundo para llevarle al templo de la inmortalidad, en una época en la que el país, despojado de sus libertades por la soldadesca y la traición de un rey rufián, labora por el porvenir en lucha sorda contra el despotismo.

Y al ver desfilar las multitudes acompañando sus restos a la última morada, el ejército del trabajo rindiendo culto al redentor de un pueblo, recordamos la entrada en la capital de aquellos restos de una familia que fué marchando en pos del último descanso; su caravana, la soledad de los primeros años, sus optimismos y la ruptura total de Pablo Iglesias con la sociedad capitalista para llevar a todos los ámbitos del país el grito de guerra de los explotados.

La masa inmensa cual enorme tapiz que cubría las calles al paso del cortejo fúnebre lloraba con testimonio sincero del dolor profundo por su muerte; pero las huellas de su paso denotaban la firmeza en el camino enseñado por el que depositaban en la morada que sólo los grandes pensadores conquistan, y en el epitafio que grabara en la piedra fría el homenaje de un pueblo figura el grito de guerra del gran romántico: «Proletarios, uníos!»

Cándido PEDROSA

La Banda Municipal en la Casa del Pueblo

en éste que en cualquier caso análogo que pudiera presentarse.»

En una palabra, creyendo interpretar el punto de vista puramente ortodoxo del camarada Salcedo, su objeción más fundamental está en el temor del aburguesamiento de nuestro Partido por el ejercicio de la acción gubernamental. Pero en esto no puede existir más que una interpretación: ejercer en el Gobierno idéntica política que en los Ayuntamientos y Parlamentos. Política de clase, eminentemente socialista—a sabiendas de que, como en los demás organismos, habremos de sufrir derrotas por nuestra falta de extensión—, y con el propósito firme y decidido de acelerar la liquidación burguesa: por la democracia, si es viable; por la dictadura, si es preciso. Carlos HERNANDEZ

Sencillo, pero imponente, resultó el espectáculo celebrado recientemente en la Casa del Pueblo con la participación de la Banda Municipal de Madrid. El sentido artístico de los trabajadores madrileños se manifestó en toda su plenitud el pasado día 27. Y no era para menos. Fué la primera vez que la Banda Municipal de Madrid, que hasta ahora había sido utilizada para bailes en Fuentelarreina y para animar las verbenas madrileñas, se ponía en contacto con el verdadero pueblo, con el pueblo trabajador congregado en la Casa del Pueblo.

Había emoción en el ambiente. Emoción proletaria; emoción de esa

que no se finge, de esa que se produce espontáneamente ante los grandes acontecimientos. Y gran acontecimiento era, sin duda alguna, la presencia en la Casa del Pueblo de la Banda Municipal, tan querida y admirada por los trabajadores madrileños. Al mismo tiempo, otra gran novedad: era aquél el primer acto que se difundía por todo Madrid, y quizá por alguna parte de España, por medio de la telefonía sin hilos; la primera vez que en el hogar de los trabajadores se colocaba un micrófono para divulgar a los cuatro vientos el sentir del proletario, expresado espontáneamente ante lo que se estaba desarrollando.

CINISMO FASCISTA

El embajador del asesino de Matteotti visitó al subsecretario de Estado, llamándole la atención sobre la dureza de algunos artículos publicados en la prensa y que el diplomático de Mussolini considera ofensivos para su Gobierno.

Ignoramos si el Sr. Agramonte habrá recordado a dicho embajador los inicuos atropellos que el dictador fascista viene ejerciendo sobre la viuda e hijos de Matteotti; los asesinatos de millares de trabajadores por los verdugos del fascio; los incendios de las Casas del Pueblo; las deportaciones en masa a los antifascistas; la prohibición de venta en Italia de periódicos socialistas, etc., etc.; en una palabra: la actitud del embajador italiano es tan cínica y solamente comparable a la monstruosidad sanguinaria de su señor.

RENOVACION protesta de las protestas burguesas de Italia, que no son las del proletariado italiano, aplastado bajo la bota imperialista del mayor asesino al servicio del capitalismo.

tariado, expresado espontáneamente ante lo que se estaba desarrollando. Tocó la Banda Municipal una obra sublime: El amor brujo, de Falla. Y al final, cuando el incansable maestro Villa, trazando signos arabescos en el aire con su prodigiosa batuta, ponía fin a la interpretación, el pueblo, ese pueblo trabajador, se puso en pie y unió sus manos para traducir en aplausos los sentimientos de admiración y cariño que tenía para la Banda Municipal y su incansable director.

Además colaboró en la interpretación de la obra de Falla la señorita Pilar Villardell, que deleitó a los oyentes con el arte sublime de su voz. Aún parecen resonar en nuestros oídos las ovaciones con que fué premiada su acertada intervención. Y cuando, después de terminado el acto, era preguntada la señorita Villardell sobre la impresión que aquél le había producido, contestó, sincera y espontáneamente, que estaba emocionada. No esperaba que la Casa del Pueblo fuera lo que se le reveló aquel día. Comprendió entonces la sinceridad de los aplausos proletarios. La señorita Villardell puede decir que fué entonces cuando consiguió el mayor éxito de su interesante vida artística.

Estamos seguros de que aquellos aplausos con que los trabajadores agradecían su intervención serán el recuerdo más grato que guarde de su actuación en público.

Grata e inolvidable fué, pues, la fiesta. Pero fué también de honda emoción. Y el momento emocionante se produjo cuando la Banda Municipal comenzó a interpretar nuestro himno,

La Internacional, que tocaba por primera vez, armonizada e instrumentalizada por el maestro Villa. Emoción, intensa emoción embargó los corazones de todo el público, que, puesto en pie, escuchaba silencioso. Terminó La Internacional. Ovaciones ensordecedoras, ovaciones que obligan a repetirla. Pero cuando la Banda Municipal ejecuta las primeras notas, el público, sugestionado por ellas y embriagado por completo de fervoroso sentimentalismo proletario, rompe a cantar al unísono de la Banda, dando una muestra de compenetración íntima con el Arte.

Y cuando, terminado el festival, aún resuenan en el teatro los vibrantes vivas al «buelon», a la Banda Municipal y a nuestros organismos nacionales, el maestro Villa, ese hombre sublime, que tantas veces se ha enfrentado con público selecto, se enjugaba unas lágrimas que saltaban de sus ojos como fruto de una emoción nunca sentida...

ENVIO

Para usted, maestro Villa, que sabe apreciar en lo que valen los aplausos del proletariado, y para usted, señorita Villardell, que en su primera actuación ante los trabajadores madrileños ha comprendido también su sentimentalismo artístico, vayan con estas mal hilvanadas líneas, escritas en un momento de emoción, nuestro saludo más sincero y nuestra felicitación por haber proporcionado un rato de solaz a los espíritus, cansados por el trabajo, de los proletarios madrileños. Que estos actos se repitan con frecuencia.

I. RODRIGUEZ MENDIETA

CÓMO OPINO

Al escribir estas líneas lo hago indignado por los luctuosos sucesos ocurridos días pasados, que han sembrado de dolor y miseria muchos hogares humildes, sucesos de los que son culpables unos individuos que, aprovechando las actuales circunstancias por que atraviesa el proletariado, lo lanzan a la calle para así satisfacer sus instintos y servir a la reacción.

Porque no concibo qué otro fin persiguen con sus algaradas callejeras que no sea el de sabotear la República y servir de contrapeso a la revolución.

Según dicen ellos, es que quieren hacer la revolución social. Pero yo digo: Suponiendo que triunfaran, ¿qué clase de programa darían al pueblo? ¿El anarquista? Si, como es de esperar, implantaban el anarquismo, quitarían las leyes y el Estado, por ser esto contrario a sus ideas. ¿Y habríamos ganado algo con ello los trabajadores? No. Porque, en vez de adelantar, retrocederíamos. No hay más que echar una mirada al pasado, y veremos cómo en la edad primitiva nuestros antepasados tampoco tenían leyes y, por lo tanto, se imponía la ley del más fuerte. Así es que, de triunfar estos falsos redentores de la clase trabajadora, los más perjudicados seríamos nosotros. Si los que hoy lanzan a la masa trabajadora a empresas descabelladas consiguieran lo que ellos quieren, se erigirían en dictadores, sin más ley que la pistola.

Compañeros: Yo hago un llamamiento a todos los jóvenes socialistas a fin de unir nuestros esfuerzos para hacer fracasar todas las intenciones de los anarcoseudorrevolucionarios.

Vicente GOMEZ (hijo)

Puerto de Sagunto.

—¿De qué color es aquel muro?

—Blanco, mi general.

—He dicho que es negro. ¿De qué color es?

—Negro, mi general.

—Tú eres buen soldado.



GRAFICA SOCIALISTA: San Bernardo, 92.



TODOS LOS DIAS LEED 'EL SOCIALISTA'

